

LA DOCTRINA MARIOLÓGICA DE SAN JOSEMARÍA EN *ES CRISTO QUE PASA*¹

ANTONIO ARANDA

PALABRAS CLAVE: Homilías, Mariología, san Josemaría.

RESUMEN: las dieciocho homilías que componen el libro *Es Cristo que pasa* son, según el autor, las mejores para averiguar el fundamento bíblico-dogmático de la doctrina espiritual de san Josemaría sobre la Virgen. Analiza a María como madre; la expresión “omnes cum Petro, ad Iesum per Mariam!”; María como modelo. María aparece como la primera imitadora de su Hijo en todos los aspectos de la cotidianidad santificada, de correspondencia a la gracia, de virtudes humanas y sobrenaturales.

THE MARIOLOGICAL DOCTRINE OF ST. JOSEMARIA'S IN CHRIST IS PASSING BY

KEY WORDS: *Homilies, Mariology, St. Josemaría.*

SUMMARY: *according to the author, the eighteen homilies in Christ is passing by are those most suited to discovering the biblical-dogmatic basis for the spiritual doctrine of st. Josemaría with respect to the Virgin. He considers Mary as mother; the phrase “Omnes cum Petro, ad Iesum per Mariam!” and Mary as model. The Virgin is shown as the prime imitator of her Son in all to do with everyday sanctification, with correspondence with grace and with human and supernatural virtues.*

1. El autor adelanta en este artículo algunas ideas que ha expuesto con más detenimiento en la edición crítica de *Es Cristo que pasa*, que se encuentra en vías de publicación.

1. Introducción

Es Cristo que pasa es un libro de características singulares, entre los que ha escrito san Josemaría. En él, el autor nos hace partícipes de su mirada contemplativa sobre los misterios fundamentales de la fe católica, considerados desde la perspectiva que ofrecen los períodos y las festividades del tiempo litúrgico. Y eso tiene un gran interés para conocer las claves profundas de su enseñanza.

En ningún otro de los libros del Autor (editados o inéditos) es tan luminoso, a mi entender, el fundamento bíblico-dogmático de su doctrina espiritual, ni tan patentes las raíces teológicas (Tradición, Liturgia, Magisterio) en las que se sustenta, ni tan lúcido el entramado de su espiritualidad, es decir, de la imagen que ofrece de la existencia cristiana vista bajo la luz de la fe y desde la perspectiva de unos dones carismáticos singulares.

Las dieciocho homilías que componen el libro son, en sí mismas, textos acabados e independientes, unidos sin embargo en su común referencia a las verdades de la salvación que la Iglesia confiesa y celebra. Ya desde su momento originario, en la intención del Autor, tenían esos textos una tonalidad objetivamente universal, o por decirlo así, una catolicidad *a priori*, a causa de su propio contenido y de su finalidad. Es lo mismo que sucede con otras obras de signo católico (espiritual, litúrgico, doctrinal, ascético, etc.) de todos los tiempos. Son libros universales 'por esencia', pues al traer consigo la melodía y el sabor del Evangelio leído en la Iglesia, tienen la capacidad de interpelar a los creyentes en todo tiempo y lugar.

En una serie de meditaciones como las que desarrolla san Josemaría en este libro, en las que se contemplan ordenadamente las verdades reveladas sobre Cristo y su proyección en la existencia del cristiano como *alter Christus*, es completamente lógico –y hasta necesario– dirigir también la mirada hacia María, para resaltar cuanto, a través de Ella, ha querido revelarnos Dios. El misterio de María, elegida para ser la Madre del Verbo Encarnado y ensalzada, por esa misma razón, a la condición de Madre de la Iglesia y de todos los hombres, está esencialmente vinculado al misterio de Cristo, tanto en sus aspectos teológicos más profundos como en sus manifestaciones espirituales y pastorales más inmediatas.

Las fiestas litúrgicas marianas conmemoran aspectos diversos del misterio de María, en los que sus dones y prerrogativas, así como ciertos acontecimientos de su vida terrena, brillan intensamente bajo la luz cenital del misterio de Cristo. En realidad, para decirlo más exactamente, reflejan esa luz como un formidable espejo, y la revierten –dotada de tonalidad propia– sobre nosotros. Todo en María nos habla de su Hijo y a Él nos conduce; por decirlo con otras palabras, la doctrina mariológica y la piedad mariana son también, por vía indirecta, testimonio vivo de la fe cristológica de la Iglesia.

Al tratar, como ahora hacemos –aunque sólo sumariamente– del pensamiento mariológico de san Josemaría, es preciso tener presente que la intrínseca relación, y por tanto la inseparabilidad, entre su vida mariana y su doctrina teológico-espiritual sobre la Virgen². El vínculo de unión entre ambas, vida y doctrina, se halla en lo que él mismo denomina “la experiencia personal del amor materno de María”, experiencia vivísima en su caso y ligada al encuentro –a través de María– con la Cruz de su Hijo³.

2. Aunque no sea ésta la ocasión de extendernos en las ideas señaladas, es oportuno dejar al menos constancia de que la mariología espiritual de San Josemaría ha sido abordada, bajo alguno de sus aspectos, en diversos trabajos. Entre ellos: A. DEL PORTILLO, *Una vida para Dios*, Rialp, Madrid 1993, pp. 193-197 (Bajo el manto de María); pp. 247-252 (Lecciones de amor a la Virgen); pp. 253-257 (Con María, por las sendas de la fe).- J. ECHEVARRÍA, *La devozione mariana di mons. Escrivá. Un'eredità inestinguibile*, en “Studi Cattolici”, vol. XXII, n. 212, 1978, pp. 601-607.- F. OCÁRIZ, *María y la Trinidad*, en “Scripta Theologica” 20 (1988), 771-792.- A. ARANDA, *María, Hija predilecta del Padre, en la enseñanza del Beato Josemaría Escrivá*, “Estudios Marianos” 66 (2000), 313-342. *Idem*, *La propuesta mariológica de Mons. Álvaro del Portillo*, “Scripta Theologica”, 33 (2001), 193-211.- F. DELCLAUX, *Santa María en los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1993, 2ª ed.- J. M. ESCARTÍN, *Devoción y amor a María*, “Camino”, en J. MORALES (ed.), *Estudios sobre “Camino”*, Rialp, Madrid 1988, pp. 319-337.- A. OROZCO, *Aprender en “Camino” el amor a la Virgen*, en J. MORALES (ed.), *Estudios sobre “Camino”*, cit., pp. 339-357.
3. He aquí dos pasajes característicos del autor: “Te aconsejo (...) que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María. No basta saber que Ella es Madre, considerarla de este modo, hablar así de Ella. Es tu Madre y tú eres su hijo; te quiere como si fueras el hijo único suyo en este mundo. Trátala en consecuencia: cuéntale todo lo que te pasa, hónrala, quírela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tú, si tú no lo haces” (*Amigos de Dios*, 293b). “Nuestra Señora, sin dejar de comportarse como Madre, sabe colocar a sus hijos delante de sus precisas responsabilidades. María, a quienes se acercan a Ella y contemplan su vida, les hace siempre el inmenso favor de llevarlos a la Cruz, de ponerlos frente a frente al ejemplo del Hijo de Dios. Y en ese enfrentamiento, donde se decide la vida cristiana, María intercede para que nuestra conducta culmine con una reconciliación del hermano menor -tú y yo- con el Hijo primogénito del Padre” (*Es Cristo que pasa*, 149c).

La vida y la doctrina mariana de san Josemaría deben ser leídas, en efecto, desde la perspectiva de la maternidad espiritual de la Virgen, que guía a sus hijos al encuentro con Cristo, o por decirlo mejor, al encuentro con la Cruz de Cristo. Esta línea mariana de fondo es también, desde el punto de vista teológico, muy actual, pues conecta entre sí la maternidad espiritual de María (que encierra en sí la singular participación de la Madre en la obra de la redención realizada por el Hijo) y el sentido de la Cruz gloriosa de Jesucristo, centro de la economía salvífica.

Debe también sostenerse que la enseñanza mariana de san Josemaría –nos referimos ahora a la contenida en las homilías marianas de *Es Cristo que pasa: Por María, hacia Jesús*⁴ y *La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*⁵–, se inscribe en las coordenadas del gran movimiento mariano que se desarrolla entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, y que se suele denominar “línea cristotípica” de la mariología, para diferenciarla de la posterior línea, llamada “eclesiotípica”. En esa línea cristotípica (esencialmente cristocéntrica y focalizada en la contemplación y defensa de los dogmas y privilegios marianos), se sitúa el magisterio mariológico anterior al Concilio Vaticano II, así como la mayor parte de los teólogos y la práctica totalidad de los autores espirituales de esa época. También, por tanto, san Josemaría, que, en materia mariológica, es un autor de su tiempo, buen conocedor de la doctrina común, de los desarrollos doctrinales y de los movimientos espirituales marianos.

Al mismo tiempo, se debe poner también de relieve que toda la enseñanza de san Josemaría, y también, en consecuencia, su doctrina mariana, lleva inscrito un elemento de gran importancia hermenéutica. Me refiero a su espíritu fundacional, que le permite realizar una lectura teológica profunda del misterio de María –de su vocación y misión– desde una perspectiva muy sugestiva: la de la normalidad de la vida cotidiana santificada, puesta enteramente al servicio del plan divino de salvación. Al contemplar bajo esas luces, llenas de rasgos característicos, el misterio de María –como también,

4. Cfr. *Es Cristo que pasa*, 139-149 (datada a 4 de mayo de 1957).

5. Cfr. *ibidem*, 171-178 (datada a 15 de agosto de 1961). Sólo tratamos aquí de las dos homilías incluidas en *Es Cristo que pasa*. Sobre el otro gran texto mariano del autor, la homilía *Madre de Dios y madre nuestra* (cfr. *Amigos de Dios*, 274-293; es un texto datado a 11 de octubre de 1964) no nos detendremos en estas breves páginas.

previamente, el misterio de Cristo—, la doctrina de san Josemaría tiene un intenso sabor de teología mariana de vanguardia, que pide ser estudiada con atención. Nazaret encierra ante los ojos de nuestro Autor verdaderas páginas mariológicas. Aquí sólo podemos hacer un sencillo esbozo de ideas.



*Adoración de los Magos. Autor: Armando Pareja.
Parroquia de san Josemaría Escrivá. Roma.*

En *Es Cristo que pasa*, como ha sido ya indicado, encontramos dos textos marianos:

- a) *Por María, hacia Jesús*, homilía inspirada en la tradición mariana del mes de mayo, que vio la luz por primera vez en mayo de 1969, aunque su datación es de 4 de mayo de 1957. En ella, el autor aborda de manera más directa la consideración de la misión maternal para la que ha sido escogida María (ser Madre de Dios y Madre de los hombres), bajo cuyo amparo somos conducidos al encuentro de su Hijo⁶.
- b) *La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*, homilía que toma como objeto de meditación la solemnidad litúrgica de la Asunción de María al Cielo, cuya primera edición tuvo lugar en septiembre de 1972, y está datada el 15 de agosto de 1961. En ella, san Josemaría se detiene más bien en la contemplación de la santidad de la Virgen, no tanto en su plenitud del Cielo cuanto, principalmente, en su admirable desarrollo en la tierra –en el ámbito de su existencia cotidiana junto a Jesús–, que hace de Ella Maestra de la que aprender y Modelo al que imitar.

2. María como Madre en *Por María, hacia Jesús*

La homilía *Por María, hacia Jesús* se sitúa en el contexto litúrgico-pastoral del mes de mayo, intensamente ligado a la devoción popular mariana al menos desde el siglo XVIII⁷. No toma ocasión, por tanto,

6. Además de en *Por María, hacia Jesús*, la maternidad espiritual de la Virgen ha sido tomada también en consideración por el autor en la homilía *Madre de Dios y Madre nuestra*, ya mencionada. Aunque en ambas sea coincidente la temática de fondo, puede advertirse al mismo tiempo una leve diferencia de enfoque teológico y de acentuación espiritual en el modo de abordarla. En la homilía de *Amigos de Dios*, el enfoque –insistimos en la levedad de los matices– es más cristológico y la acentuación más individual: María es Madre de Cristo y Madre de cada uno de los que somos, por la gracia, “otro Cristo”. Cabría condensar la entera homilía –su intencionalidad– en esta frase: “Te aconsejo para terminar que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María” (*Amigos de Dios*, 293b). En la homilía de *Es Cristo que pasa*, en cambio, el enfoque es, más eclesiológico y la acentuación más colectiva; su intencionalidad podría quedar reflejada, por ejemplo, en estas palabras: “María nos hace sentirnos hermanos. (...) María lleva a Jesús, y Jesús es *primogenitus in multis fratribus*, primogénito entre muchos hermanos” (*Es Cristo que pasa*, 145 a).

7. Cfr. S. De FIORES, *Marie (Sainte Vierge)*, IV. *Du milieu du 17^e siècle au début du 20^e*, en: *Dictionnaire de Spiritualité*, tomo X, col. 466.

san Josemaría en estas páginas de una determinada fiesta mariana sino de la tradicional celebración del mes de mayo en honor de la Virgen.

La primera parte del título de la homilía, como puede apreciarse sobre todo a partir de la lectura completa del texto, lleva inscrita una concreta clave de lectura. “Por María”, quiere aquí principalmente decir: “a través del recurso a su condición maternal”, o, de otro modo: “a través del trato filial con Ella”. Del mismo modo, también la segunda parte del título, “hacia Jesús”, porta su propia clave de significado: “hacia Jesús”, en la Iglesia y con la Iglesia. En síntesis, María, conforme a su misión de Madre, a) nos conduce maternalmente a su Hijo, y b) nos ayuda a encontrarlo en la Iglesia, o bien, nos muestra a la Iglesia con Él.

Así, pues, encontramos una sintonía de fondo con un doble aspecto. La contemplación y constante referencia a la maternidad espiritual de María (“María, fiel a la misión divina para la que fue criada” –leemos–, “se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres, llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús”⁸), permite acercarse más conscientemente –y con más provecho– a una dimensión central del misterio de la Iglesia: su dimensión familiar y fraterna, en cuanto comunión en Cristo, por el Espíritu Santo, de los hijos de Dios⁹ (“Seguramente también vosotros” –leemos asimismo en la homilía–, “al ver en estos días a tantos cristianos que expresan de mil formas diversas su cariño a la Virgen Santa María, os sentís más dentro de la Iglesia, más hermanos de todos esos hermanos vuestros”)¹⁰.

Todo lo que acabamos de exponer de manera sucinta, lo desarrolla la homilía en cinco amplios párrafos, cuyos títulos y principales contenidos mariológicos y marianos –los condensamos en uno de sus párrafos– son los siguientes:

a) *Madre de Cristo, Madre de los cristianos* (nn. 140-141)

“Los textos de las Sagradas Escrituras que nos hablan de Nuestra Señora, hacen ver precisamente cómo la Madre de Jesús acompaña a

8. *Es Cristo que pasa*, 139 d.

9. “*De unitate Patris et Filii et Spiritus Sancti plebs adunata*” (S. Cyprianus, *De Orat. Dom.* 23: PL 4, 553); cfr. *Lumen gentium*, n. 4.

10. *Es Cristo que pasa*, 139 c.

su Hijo paso a paso, asociándose a su misión redentora, alegrándose y sufriendo con Él, amando a los que Jesús ama, ocupándose con solicitud maternal de todos aquellos que están a su lado”¹¹.

“Cada uno de nosotros, al evocar su propia vida y ver cómo en ella se manifiesta la misericordia de Dios, puede descubrir mil motivos para sentirse de un modo muy especial hijo de María”¹².

b) *Tratar a María* (n. 142)

“Para comprender el papel que María desempeña en la vida cristiana, para sentirnos atraídos hacia Ella, para buscar su amable compañía con filial afecto, no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de contenido sobre el que nunca reflexionaremos bastante”¹³.

“Los que consideran superadas las devociones a la Virgen Santísima, dan señales de que han perdido el hondo sentido cristiano que encierran, de que han olvidado la fuente de donde nacen: la fe en la voluntad salvadora de Dios Padre, el amor a Dios Hijo que se hizo realmente hombre y nació de una mujer, la confianza en Dios Espíritu Santo que nos santifica con su gracia. Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla, sino que hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos”¹⁴.

11. *Es Cristo que pasa*, 141 a.

12. *Ibidem*, 140 d. La experiencia filial del Autor en relación con la Santísima Virgen está ampliamente avalada por sus biógrafos, y a ellos nos remitimos. El propio protagonista dejó escritas estas palabras: “He tenido luego muchas pruebas palpables de la ayuda de la Madre de Dios: lo declaro abiertamente como un notario levanta acta, para dar testimonio, para que quede constancia de mi agradecimiento, para hacer fe de sucesos que no se hubieran verificado sin la gracia del Señor, que nos viene siempre por la intercesión de su Madre” (*La Virgen del Pilar*, § 4, en: *Libro de Aragón*, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, Zaragoza 1976). Desde esa experiencia filial está redactando también estas páginas, que ayudan a entender el sentido de *per Mariam ad Iesum*: por la Madre, como hijos, al Hijo.

13. *Ibidem*, 142 b. El párrafo es una ulterior confirmación del *leitmotiv* de todo el texto: la centralidad en el desarrollo de la vida cristiana de la maternidad espiritual de María y del amor filial del cristiano hacia Ella.

14. *Ibidem*, 142 h. “Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla, sino que hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos”. La frase ilustra muy bien el particular énfasis que pone San Josemaría en el cultivo de las devociones marianas, apoyado, como se advierte en el texto, en razones teológicas consistentes. Como es frecuente en él, tales razones son de corte trinitario.

c) *Hacerse niños en el Amor a Dios* (nn. 143-144)

“El misterio de María nos hacer ver que, para acercarnos a Dios, hay que hacerse pequeños. (...) Ser pequeños exige abandonarse como se abandonan los niños, creer como creen los niños, pedir como piden los niños. Y todo eso lo aprendemos tratando a María”¹⁵.

“Si buscáis a María, encontraréis a Jesús. Y aprenderéis a entender un poco lo que hay en ese corazón de Dios que se anonada, que renuncia a manifestar su poder y su majestad, para presentarse en forma de esclavo”¹⁶.

d) *María nos hace sentirnos hermanos* (nn. 145-146)

“Si caminamos de la mano de la Virgen Santísima, Ella hará que nos sintamos hermanos de todos los hombres: porque todos somos hijos de ese Dios del que Ella es Hija, Esposa y Madre”¹⁷.

“No podemos vivir de espaldas a la muchedumbre, encerrados en nuestro pequeño mundo. No fue así como vivió Jesús. (...) Cuando somos de verdad hijos de María comprendemos esa actitud del Señor, de modo que se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia”¹⁸.

e) *Ser apóstol de apóstoles* (nn. 147-149)

“Cristo nos urge. Cada uno de vosotros ha de ser no sólo apóstol, sino apóstol de apóstoles, que arrastre a otros, que mueva a los demás para que también ellos den a conocer a Jesucristo”¹⁹.

“Sed audaces. Contáis con la ayuda de María, *Regina apostolorum*. Y Nuestra Señora, sin dejar de comportarse como Madre, sabe colocar a sus hijos delante de sus precisas responsabilidades. (...) Muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María”²⁰.

15. *Es Cristo que pasa*, 143 a-c.

16. *Ibidem*, 144 a.

17. *Ibidem*, 145 c. Evoca san Josemaría un importante corolario espiritual: el amor filial a Dios es inseparable del amor fraterno a los demás. Lo pone aquí de manifiesto apuntando, en primer lugar, a una experiencia que, como él, alcanzan cuantos acuden habitualmente a la oración, que les lleva a no desear ningún bien espiritual para sí que no deseen al mismo tiempo para los otros. Con un lenguaje más directo, habla de espíritu de servicio y de fraternidad cristiana. Digna de atención es la nueva referencia trinitaria en relación con María.

18. *Ibidem*, 146 b-c.

19. *Ibidem*, 147 e.

20. *Ibidem*, 149 c-d.

3. Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam!

Puede afirmarse que el hilo conductor de Por María, hacia Jesús ha quedado perfectamente formulado en el mensaje que expresa el título. La homilía está indudablemente insertada en la tradicional línea de pensamiento mariológico y de devoción mariana, que ha visto en la expresión: “*Ad Iesum per Mariam*” (a Jesús, o hacia Jesús, por María) una singular enunciación del camino espiritual cristiano. San Josemaría ha utilizado dicha expresión con asiduidad en su predicación oral y en sus textos escritos, aportando también matices propios.

Uno de tales matices, aunque decir matiz es decir poco, pues se trata, en realidad, de una importante línea teológica de fondo de la homilía, la ofrecen estas palabras:

“María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: *omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam!*, ¡todos, con Pedro, a Jesús por María!”²¹.

Como se ve en el párrafo, san Josemaría hace preceder el tradicional: “*ad Iesum per Mariam*”, por un “*omnes cum Petro*” que recarga ulteriormente su contenido teológico. Es una peculiar formulación del fundador del Opus Dei, que merece ser estudiada con atención, si bien en estas breves páginas no podemos extendernos sobre ella.

Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam!, es un lema compuesto por san Josemaría, y por él repetido incontables veces –como jaculatoria, como consigna espiritual, como invocación–, oralmente y por escrito, desde el comienzo del Opus Dei en 1928. En sus textos más antiguos, aunque suele aparecer también sola, lo habitual es que la expresión vaya acompañada de otros lemas o jaculatorias, principalmente de dos: *Regnare Christum volumus!* y *Deo omnis gloria!*, que reconducen, como ella, al inicio de la fundación. Valga como ejemplo esta cita:

21. *Es Cristo que pasa*, 139 d.

“Jesús es el Modelo: ¡imitémosle! Imitémosle, sirviendo a la Iglesia Santa y a todas las almas. ‘*Christum regnare volumus*’, ‘*Deo omnis gloria*’, ‘*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*’. Con estas tres frases quedan suficientemente indicados los tres fines de la Obra: Reinado efectivo de Cristo, toda la gloria de Dios, almas”²².

Desde el punto de vista histórico-temporal, pero sobre todo desde la perspectiva de su contenido y significado, la expresión *Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam* estuvo indisolublemente unida en el alma de san Josemaría a su misión fundacional. De ahí, en general, su importancia ‘hermenéutica’ en relación con ésta, y de ahí también el interés de encontrarla en esta homilía.

Establecer la génesis histórica de la fórmula clásica –‘*ad Iesum per Mariam*’– no es tarea fácil, justamente por el extenso uso que se ha hecho de ella en la Iglesia. Es preciso, ante todo, distinguir entre fondo y forma, o bien, de otro modo, entre contenido y literalidad, y señalar inmediatamente que en ninguno de esos ámbitos parece posible encontrar un itinerario que conduzca con toda certeza al origen. En el terreno del contenido, la idea expresada en ‘*ad Iesum per Mariam*’ está teológicamente apoyada en la doctrina de la mediación materna de María, presente ya en la literatura patrística, en especial desde la definición del dogma de la maternidad divina en el Concilio de Efeso (a. 431). En la época medieval, dicha doctrina de la mediación de la Madre de Dios ante su divino Hijo a favor nuestro adquiere un gran impulso, tanto en el terreno pastoral-devocional como en el litúrgico²³.

En época más cercana, y en el ámbito de la literatura espiritual, la fórmula *ad Iesum per Mariam* está ligada de manera especial a S. Luis M^a Grignion de Monfort (1643-1716) y a su enseñanza acerca de la

22. SAN JOSEMARÍA, *Apuntes íntimos*, n. 171; el texto tiene fecha de 10 de marzo de 1931.

23. En ese amplio contexto referencial –la mediación maternal de María–, quizás pueda encontrarse, a comienzos del siglo XII –dentro del ámbito monacal–, un eslabón entre contenido y literalidad de nuestra fórmula. El abad Gofredo de Vendôme, en efecto, escribe en uno de sus sermones la siguiente expresión (la cursiva es nuestra): “...*Et itaque mater Christi, mater christianorum. Si mater Christi, christianorum mater est (...). Unde a matrem ipsius, et per ipsam ad ipsum recurramus, qui pia et misericordi dispensatione matrem suam nostram esse voluit*” (*Sermo VII. De purificatione Sanctae Mariae*: PL 157, 266 A). Del mismo autor, en otro de sus sermones, son estas palabras: “...*per supplicabiles ipsius preces, nos (...) ad ipsum (...) pervenire mereamur*” (*Sermo VIII. In omni festivitate B. Mariae Matris Domini*: PL 157, 270C).

‘consagración a Jesucristo por medio de la consagración a María’. Concretamente, su “*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*”²⁴ está construido sobre el esquema: a) Dios se ha hecho hombre *por María*, y ha querido que todo lo alcancemos *por María*; b) María ha sido, pues, el camino escogido por Dios para darnos su amor; por tanto, c) la devoción a María es también camino seguro *para ir a Jesucristo*. Es decir: *para llegar a Cristo es preciso pasar por María*. Esa forma de devoción (ir a María y por ella a Cristo) es denominada por Monfort ‘consagración’: *consagración a Cristo por María*.

En realidad, con independencia de las específicas concreciones que pueda tener en ésta o aquella forma de espiritualidad, la fórmula como tal: ‘*a Jesús (o hacia Jesús) por María*’, puede ser tenida como norma general en el camino de identificación con Cristo²⁵, pues María es no sólo mediadora ante el Mediador²⁶, sino también modelo perfecto de amorosa conformación con su Hijo y con la voluntad del Padre. Esos aspectos comunes están presentes en la homilía *Por María, hacia Jesús*, junto con otros más propios y característicos de san Josemaría.

En su sentido básico general, el lema “*ad Iesum per Mariam*” se encuentra, pues, situado en el interior de la corriente eclesial y espiritual común, que tiende, podríamos decir, *ad Mediatorem per mediatricem*. Pero, al mismo tiempo, las palabras que san Josemaría les antepone otorgan a la fórmula un sentido nuevo. El significado clásico del *ad Iesum per Mariam*, expresivo de la mediación materna de María en el camino de la conformación personal del cristiano con Cristo, queda ahora formalizado de una manera nueva al constituir unidad con el *omnes, cum Petro*. Mantiene aquel significado clásico, al tiempo que explicita fuertemente su esencial momento apostólico interno, pues no hay verdadera conformación con Cristo sin participación —en la unidad de la Iglesia, unidos a su cabeza visible que es el Papa— en su misión salvífica. Así se ve fácilmente en este párrafo de la homilía:

24. Cfr., por ejemplo, *Oeuvres complètes*, Ed. du Seuil, Paris 1966; ed. cast., BAC, Madrid 1984.

25. Cfr. PABLO VI, Exh. ap. *Signum magnum*, 13 de mayo de 1967.

26. “*Digna et peraccepta ad Mediatorem mediatricem*”, LEÓN XIII, Enc. *Fidentem piumque*, 20 de septiembre de 1896.



*Visita a Santa Isabel. Autor: Armando Pareja (1995).
Parroquia de san Josemaría Escrivá. Roma.*

“María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta

repetir: *omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, ¡todos, con Pedro, a Jesús por María! Y, al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos (cfr. *Mt XXVIII, 19*)²⁷.

4. María como Modelo en *La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*

En la segunda homilía mariana del libro, aunque dedicada como la primera a la contemplación del misterio de María, el autor varía la perspectiva. En aquélla, el tema principalmente considerado era la relación entre la maternidad espiritual de la Virgen y la filiación mariana del cristiano en su progresar en la vía de la identificación con Cristo. Ahora, en cambio, el argumento a meditar es la imitación por parte del cristiano de las virtudes de nuestra Madre, cuya existencia santificada es modelo perfecto de obediencia a la voluntad de Dios y plena cooperación con la misión de su Hijo. *La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*, es una homilía sobre la fidelidad de María a su vocación, modelo de la nuestra. Tomará en consideración, de manera más directa, la humilde grandeza de la vida terrena de Santa María, llena de gracia y de amor, identificada en todo con la Voluntad divina, santificándose día tras día en servicio de su Hijo y siempre junto a Él.

La contemplación jubilosa de la Asunción de Santa María a los cielos en cuerpo y alma (“este gozo íntimo que advertimos hoy, con el corazón que parece querer saltar del pecho”²⁸), es, en efecto, ocasión propicia para resaltar la inmensa luz que la fidelidad de la Virgen a su vocación personal derrama, como modelo a imitar, sobre la respuesta que Cristo espera de cada uno de nosotros cuando nos llama, con vocación de cristianos, a la santidad.

27. *Es Cristo que pasa*, 139 d.

28. *Ibidem*, 171 a.

La homilía comienza invocando, con la Iglesia, la alegría de ver a nuestra Madre en los cielos, y finaliza hablando de esa misma alegría –afirmación rigurosamente teológica– como “un bien cristiano”²⁹ siempre acompañado del contrapunto de la Cruz. En la fiesta de la Asunción, escribe el Autor, “todo convida a la alegría”³⁰. Y el motivo es claro: el itinerario de María es también el nuestro. Y así como “Ella nos ha precedido por la vía de la imitación de Cristo”, así también su glorificación “es la firme esperanza de nuestra propia salvación; por eso la llamamos *spes nostra* y *causa nostræ laetitiae*, nuestra esperanza y causa de nuestra felicidad”³¹. Estas palabras dan razón, como es patente, del título de la homilía. Pero es así mismo cierto, como puede comprobarse al leerla, que en ellas se resume su contenido.

Las dos grandes nociones teológicas que protagonizan *Es Cristo que pasa*, vocación y santidad, vuelven a constituir en esta homilía –bajo la luz de Cristo, reflejada ahora en el espejo perfecto de María– el cauce por el que discurren el pensamiento y la enseñanza del Autor. El hilo conductor del texto viene dado por la singular conjunción de ambas nociones en un mismo marco hermenéutico –el espíritu de san Josemaría, que resalta propiedades, fija significados y establece los armónicos–, y con una inequívoca melodía de fondo: la imitación de Santa María por parte de los cristianos.

La vocación a la santidad, de la que nuestra Madre es modelo excelso, más aún, camino seguro (“porque tú conoces la senda y el atajo cierto que llevan, por tu amor, al amor de Jesucristo”)³², es mostrada en todo su esplendor allí donde quizás pudiera parecer que no podría realizarse: en la actividad laboral “que transcurre por los carriles ordinarios”, en el trabajo cotidiano donde “todo se desarrolla con un ritmo previsible”, y “los días parecen iguales, incluso monótonos”...

Conviene tener siempre presente al leer estas homilías marianas, y todos los demás textos de *Es Cristo que pasa*, que su destinatario principal es el ‘cristiano corriente’, el hombre o la mujer cristianos, que se esfuerzan en

29. *Es Cristo que pasa*, 178 a.

30. *Ibidem*, 176 e.

31. *Ibidem*, 176 c.

32. *Ibidem*, 178 g.



*Huida a Egipto. Autor: Armando Pareja (1995).
Parroquia de san Josemaría Escrivá. Roma.*

vivir su vocación bautismal —su llamada a la santidad y al apostolado— en la existencia ordinaria. La santificación de la vida de cada día, sean cuales fueren las circunstancias personales —aunque siempre, como es lógico, dentro de ellas—, pide al cristiano un ejercicio de las virtudes que le asemeja progresivamente más

a Cristo, al mismo tiempo que Cristo se refleja más en él. El ejemplo de la existencia cotidiana de Santa María es, en ese proceso de santificación, el primero y principal. Todo gira en la homilía en torno a esta idea.

El mensaje que el texto transmite –de cadencia mariana, pero de raíz trinitaria y cristológica– será sencillamente éste: la existencia del cristiano corriente, que se desenvuelve en un modo aparentemente tan común, tiene sin embargo un valor divino, al igual que lo tuvo la existencia de Santa María. “Es algo que interesa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes”³³. San Josemaría invita al lector a descubrirlo, mirando, contemplando y celebrando, con toda la Iglesia, “el triunfo de la Madre, Hija y Esposa de Dios”³⁴.

Fondo común de la homilía en todos sus tramos –es preciso subrayarlo– es la atmósfera trinitaria que se respira en ella desde el inicio. La misma que reinaba en el alma de su Autor, y que puede ser apreciada en todas sus obras³⁵. Aunque la gran solemnidad litúrgica de la Asunción de la Virgen, así como la alegría que despierta “entre los ángeles y entre los hombres”³⁶, tendrán su inmediata fuente de significado, lógicamente, en el hecho mismo conmemorado, éste, a su vez, dice relación para san Josemaría a una realidad más profunda: el misterio del Dios Trino. Y hacia ahí orienta san Josemaría, desde el primer momento, su contemplación: “Celebramos la glorificación de nuestra Madre y es natural que sus hijos sintamos un especial júbilo, al ver cómo la honra la Trinidad Beatísima”³⁷.

Los tres primeros párrafos, en el inicio de la homilía, marcan el tono, y constituyen, en ese sentido, el pasaje más característico.

“*Assumpta est Maria in caelum, gaudent angeli*”³⁸. María ha sido llevada por Dios, en cuerpo y alma, a los cielos. Hay alegría entre los ángeles

33. *Es Cristo que pasa*, 174 e.

34. *Ibidem*, 176 b.

35. Pueden verse, por ejemplo, en *Es Cristo que pasa*, los pasajes: 89f, 142a, 142h. De otras obras del autor, cfr.: *Amigos de Dios*, 96c.275c.276a.291a.– *Surco*, 339.726.926.– *Forja*, 227.482.543.910.– *Santo Rosario*, Glo 4 y Glo 5.– *La Virgen del Pilar*, §§ 1. 7.27.

36. *Ibidem*, 171 a.

37. *Ibidem*.

38. Antífona de las Vísperas de la fiesta de la Asunción.

y entre los hombres. ¿Por qué este gozo íntimo que advertimos hoy, con el corazón que parece querer saltar del pecho, con el alma inundada de paz? Porque celebramos la glorificación de nuestra Madre y es natural que sus hijos sintamos un especial júbilo, al ver cómo la honra la Trinidad Beatísima.

Cristo, su Hijo santísimo, nuestro hermano, nos la dio por Madre en el Calvario, cuando dijo a san Juan: *he aquí a tu Madre*³⁹. Y nosotros la recibimos, con el discípulo amado, en aquel momento de inmenso desconsuelo. Santa María nos acogió en el dolor, cuando se cumplió la antigua profecía: *y una espada traspasará tu alma*⁴⁰. Todos somos sus hijos; ella es Madre de la humanidad entera. Y ahora, la humanidad conmemora su inefable Asunción: María sube a los cielos, hija de Dios Padre, madre de Dios Hijo, esposa de Dios Espíritu Santo⁴¹. Más que Ella, sólo Dios⁴².

A partir de este exordio, la homilía se desarrolla siguiendo diversas líneas, que el Autor ha distribuido en siete párrafos. Como en el caso anterior, mostramos a continuación simplemente una selección de sus ideas centrales, sintetizándolas en algunas expresivas frases, suficientemente elocuentes como para captar el contenido global del párrafo:

39. *Iob* XIX, 27.

40. *Lc* II, 35.

41. Cabe señalar que la advocación mariana: “hija de Dios Padre, madre de Dios Hijo, esposa de Dios Espíritu Santo”, utilizada aquí por San Josemaría, se remonta al *Oficio de la Pasión del Señor* compuesto por S. Francisco de Asís para meditar el misterio pascual. Con el paso del tiempo dio lugar a la formulación abreviada: “Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo”. Así como los dos primeros títulos (Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo) pueden ser tomados en un sentido literal (espiritual en el primer caso, real en el segundo), la tercera de ellas (Esposa de Dios Espíritu Santo) sólo puede tomarse –para evitar cualquier abuso interpretativo– en sentido metafórico-espiritual. La advocación ternaria de S. Francisco, comenzó utilizarse de una manera progresiva en la literatura mariana a partir del siglo XIII, y puede encontrarse en autores como S. Lorenzo de Brindisi, S. Roberto Belarmino, S. Luis María Grignon de Montfort, etc. San Josemaría utilizó esta advocación franciscana con mucha frecuencia, tanto en su modalidad extensa como resumida (“Hija, Madre y Esposa de Dios). Cfr., por ejemplo, *Camino*, 496; *Amigos de Dios*, n. 274 b; *La Virgen del Pilar*, § 18, en “Libro de Aragón”, Zaragoza 1976; *Forja*, n. 555; *Surco*, n. 801; etc.).

42. *Es Cristo que pasa*, 171 a-b.

a) *El misterio de amor*

“Misterio de amor es éste. La razón humana no alcanza a comprender. Sólo la fe acierta a ilustrar cómo una criatura haya sido elevada a dignidad tan grande, hasta ser el centro amoroso en el que convergen las complacencias de la Trinidad. Sabemos que es un divino secreto⁴³. Pero, tratándose de Nuestra Madre, nos sentimos inclinados a entender más –si es posible hablar así– que en otras verdades de fe”⁴⁴.

b) *El misterio del sacrificio silencioso*

“Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica (Lc XI, 27-28). Era el elogio de su Madre, de su fiat (Lc I, 38), del *hágase* sincero, entregado, cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada”⁴⁵.

43. “Misterio de amor es éste. La razón humana no alcanza a comprender”, señala con precisa afirmación el Autor. Todo lo que Dios, sin otra razón que su infinito amor, ha querido realizar en beneficio nuestro en la historia de la salvación, constituye una realidad cuyo significado pleno es racionalmente inalcanzable para el hombre, e incluso, ya recibida y aceptada en la fe, es inimaginablemente más alta y profunda de cuanto pudiéramos pensar. A ese orden de cosas pertenecen las prerrogativas sobrenaturales de Santa María, proclamadas por la Iglesia. Nos permiten conocer en la fe la inefable grandeza a la que ha sido elevada por Dios la elegida para ser Madre del Unigénito, pero no alcanzamos a comprender toda la hondura que en esos dones se encierra. Hay palabras humanas para confesar la fe en tan altísima dignidad, pero no las hay para expresar desde nosotros su plenitud de significado. Sólo Dios puede hacerlo. Es, en verdad, como dirá a continuación San Josemaría, “un divino secreto”.

44. *Es Cristo que pasa*, 171 c.

45. *Ibidem*, 172a. “Sacrificio escondido y silencioso”: es una expresión característica del Autor y relativamente frecuente en su predicación, pues tenía en muy alta estima la puesta en práctica de su contenido, como medio ascético importante en el desarrollo de la vida espiritual cristiana. Su formulación se remonta a los primeros años de su misión fundacional. Aparece ya, en efecto, por escrito en una anotación de sus *Apuntes íntimos*, n. 732, datada el 20 de mayo de 1932, que a su vez será literalmente reproducida en *Camino*, 185 (“El mundo admira solamente el sacrificio con espectáculo, porque ignora el valor del sacrificio escondido y silencioso”). También se encuentra en *Camino*, 509 –punto redactado en Burgos, en 1938; cfr. *Camino*, ed. crit.-hist., preparada por Pedro Rodríguez, Rialp, Madrid 2003, *in loco*–, directamente referida, como en el pasaje que consideramos, a la Santísima Virgen: “¡María, Maestra del sacrificio escondido y silencioso! / –Vedla, casi siempre oculta, colaborar con el Hijo: sabe y calla”. Es claro que esta enseñanza de *Camino* está en la base del n. 172 de nuestro libro: María, Maestra por excelencia en el seguimiento e identificación con Cristo, lo es también en este aspecto fundamental del crecimiento de la vida cristiana. La raíz última de la cuestión ha de ser buscada, como siempre, en el cristocentrismo del Autor, y se relaciona con su íntimo ideal de “ocultarse y desaparecer”, que ve plasmado en la vida de Cristo.

“Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez. Así vivió María. La llena de gracia, la que es objeto de las complacencias de Dios, la que está por encima de los ángeles y de los santos llevó una existencia normal”⁴⁶.

c) Imitar a María (n. 173)

“Nuestra Madre es modelo de correspondencia a la gracia y, al contemplar su vida, el Señor nos dará luz para que sepamos divinizar nuestra existencia ordinaria”⁴⁷.

“Imitar, en primer lugar, su amor. (...) Imitar su natural y sobrenatural elegancia. (...) Aprender, siguiendo su ejemplo en la obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y de señorío”⁴⁸.

46. *Es Cristo que pasa*, 172 c. San Josemaría, cuyo mensaje fundacional anuncia y promueve la santificación del cristiano en su existencia ordinaria, en y a través del cumplimiento de las propias obligaciones laborales, familiares, sociales, etc., buscando en ellas la identificación personal con Cristo mediante el ejercicio de las virtudes, así como la ocasión de acercarse a otros a Dios, hace siempre fuerte hincapié en el ejemplo de la vida escondida de Jesús en Nazaret. Esa es la gran luz de fondo de su doctrina espiritual. Por idéntica razón, y bajo la misma luz fundacional, cuando contempla el misterio de María –estos párrafos de la homilía lo confirman– pone un particular acento en las características de normalidad de su existencia cotidiana, semejante a la de las demás mujeres de su tiempo y de su condición social. La espiritualidad de la vida cotidiana como ámbito de santificación y acción apostólica del cristiano, alcanza en san Josemaría profundidad y claridad notables, gracias a sus raíces cristológicas y mariológicas. En realidad, estamos ante unas aportaciones muy propias del Autor, que no sin razón fue denominado tras su canonización, con frase acuñada por Juan Pablo II y puesta por escrito en la Bula de canonización: “el santo de la vida ordinaria”. El texto pontificio dice así: “Asumió y enseñó a asumir este programa [difundir, entre todos los hombres y mujeres, la llamada a participar, en Cristo, de la dignidad de los hijos de Dios, viviendo sólo para servirle] en medio de las ocupaciones normales de cada día, por lo que con razón se le puede llamar el santo de la vida ordinaria”.

47. *Ibidem*, 173a. no está de más volver a recordar que el destinatario directo de la homilía es el ‘cristiano corriente’, hombre o mujer, que se esfuerza en vivir su vocación bautismal –su llamada a la santidad y al apostolado– en la existencia ordinaria. La santificación de la vida de cada día, sean cuales fueren las circunstancias personales –aunque siempre, como es lógico, dentro de ellas–, pide al cristiano un ejercicio de las virtudes que le asemeja progresivamente más a Cristo, al mismo tiempo que Cristo se refleja más en él. El ejemplo de la existencia cotidiana de santa María es, en ese proceso de santificación, el primero y principal. Todo gira en la homilía en torno a esta idea.

48. *Ibidem*, 173 b-d. Entre las disposiciones de Santa María que San Josemaría invita a imitar al lector, aparece tras las dos anteriores y directamente relacionada con ellas, su “obediencia a Dios”. El texto la describe como una “delicada combinación de esclavitud y de señorío”. En este breve párrafo, el Autor ha puesto el acento –y en eso quiere exhortar al lector– en el profundo vínculo entre obediencia a Dios (obediencia de fe) y libertad personal.

d) La escuela de la oración (n. 174)

“El Señor os habrá concedido descubrir tantos otros rasgos de la correspondencia fiel de la Santísima Virgen, que por sí solos se presentan invitándonos a tomarlos como modelo: su pureza, su humildad, su reciedumbre, su generosidad, su fidelidad... Yo quisiera hablar de uno que los envuelve todos, porque es el clima del progreso espiritual: la vida de oración”⁴⁹.

“Contemplativos en medio del mundo, en el ruido de la calle: en todas partes. Esa es la primera lección, en la escuela del trato con Jesucristo. De esa escuela, María es la mejor maestra, porque la Virgen mantuvo siempre esa actitud de fe, de visión sobrenatural, ante todo lo que sucedía a su alrededor”⁵⁰.

e) Maestra de apóstoles (n. 175)

“Sed leales, generosos. Formamos parte de un solo cuerpo, del Cuerpo Místico de Cristo, de la Iglesia santa, a la que están llamados muchos que buscan limpiamente la verdad. Por eso tenemos obligación estricta de manifestar a los demás la calidad, la hondura del amor de Cristo”⁵¹.

49. *Es Cristo que pasa*, 174 a. En el espíritu de santificación promovido y extendido por San Josemaría, las nociones de ‘vida cristiana’ y ‘vida de oración’ podrían considerarse en la práctica como sinónimas, pues aunque no lo sean formalmente, sí lo son en cuanto al contenido, ya que el de la segunda (la oración continua) ha de ‘envolver’ –como acabamos de leer– al de la primera.

50. *Ibidem*, 174 g. Es la lección primera, no sólo en cuanto que es la más importante, sino sobre todo en cuanto que es inmediatamente impartida por el Espíritu Santo a todo aquel que, con sinceridad y humildad, abre su corazón al trato personal con Jesucristo. En esa escuela que Dios establece en el alma por la gracia, a través del encuentro con Cristo en la oración y en la Eucaristía, lo que primero se aprende es que al Señor le interesamos personalmente, que contamos para Él sencillamente por lo que somos. En la escuela de la oración sincera, en la que María es la mejor maestra, todo se funda en una doble certeza: la de que Dios confía plenamente en mí, y la de que yo confío plenamente en Dios.

51. *Ibidem*, 175 b. El deber apostólico, que brota de la vocación bautismal y es propio, por esa misma razón, de cada cristiano, es aquí denominado, con una sugestiva formulación: “obligación estricta de manifestar a los demás la calidad, la hondura del amor de Cristo”. Manifestar ante el mundo a Cristo, o mostrar su amor, o bien –como señala San Josemaría–, ‘la calidad y hondura de su amor’, es una obligación que el cristiano ha de cumplir “de forma práctica y concreta”, es decir, a través del testimonio de sus propias acciones y palabras, movidas por la caridad.

f) Una única receta: santidad personal (n. 176)

“El mejor camino para no perder nunca la audacia apostólica, las hambres eficaces de servir a todos los hombres, no es otro que la plenitud de la vida de fe, de esperanza y de amor; en una palabra, la santidad. No encuentro otra receta más que ésa: santidad personal”⁵².

“El camino de nuestra santificación personal pasa, cotidianamente, por la Cruz: no es desgraciado ese camino, porque Cristo mismo nos ayuda y con El no cabe la tristeza. *In lætitia, nulla dies sine cruce!*, me gusta repetir; con el alma traspasada de alegría, ningún día sin Cruz”⁵³.

g) La alegría cristiana (nn. 177-178)

“La fiesta de la Asunción de Nuestra Señora nos propone la realidad de esa esperanza gozosa. Somos aún peregrinos, pero Nuestra Madre nos ha precedido y nos señala ya el término del sendero: nos repite que es posible llegar y que, si somos fieles, llegaremos”⁵⁴.

“La alegría es un bien cristiano. Únicamente se oculta con la ofensa a Dios: porque el pecado es producto del egoísmo, y el egoísmo es causa de la tristeza. Aun entonces, esa alegría permanece en el rescoldo del alma, porque nos consta que Dios y su Madre no se olvidan nunca de los hombres”⁵⁵.

52. *Es Cristo que pasa*, 176 a. “Plenitud de la vida de fe, de esperanza y de amor” es sinónimo de ‘plenitud de vida cristiana’, puesto que ésta, en su ejercicio, se fundamenta en el entrelazamiento de las virtudes teologales. Es tradicional entender la noción de santidad como ‘plenitud de la vida cristiana’ (o también, como ‘perfección de la caridad’); así puede verse, por ejemplo, en *Lumen gentium*, n. 40.

53. *Ibidem*, 176 g. *In lætitia, nulla dies sine cruce!* San Josemaría solía repetir esa frase como jaculatoria.

54. *Ibidem*, 177 e.

55. *Ibidem*, 178 a. Como se puede comprobar, San Josemaría, a lo largo de *Es Cristo que pasa* y en todas sus obras, escribe sin cansancio de la alegría: la alegría de los hijos de Dios, alegría sobrenatural y humana que acompaña a la paz en la conciencia, al sosiego y la concordia interiores de quien vive en la amistad con Dios. La noción de alegría cristiana, siempre unida en los diversos libros del Autor a la noción de filiación divina adoptiva, merecería un estudio monográfico.

5. Para concluir

Hemos considerado algunos aspectos de la contemplación mariana de un maestro espiritual que, primordialmente, expone los contenidos de un camino de santificación que él mismo, bajo el impulso de la gracia, ha recorrido y ha dejado abierto para los demás. En dicho camino, que proclama la llamada a la santidad de todos los cristianos a través de la santificación del trabajo diario y del cumplimiento de los propios deberes, ocupa un lugar central la referencia a la Santísima Virgen, Madre de Dios y de los hombres: el mismo que ocupa en la vida espiritual de san Josemaría, enteramente mariana.

Los escritos de san Josemaría, como los de tantos otros autores espirituales, más que de una doctrina teológica (o en este caso, mariológica) propia, son portadores de una luz de fondo acerca del significado y el desarrollo de la existencia cristiana. Al mostrar más intensamente –bajo la fuerza de los propios dones carismáticos– aspectos centrales de la vida de fe, ayudan a captar con más hondura sus raíces en la doctrina revelada y, en ese sentido, contribuyen a enriquecer el *intellectus fidei*. La teología mariana se ha enriquecido especialmente, a lo largo de los siglos, del amor a la Virgen de los santos y de su experiencia personal –como el mismo Santo que estudiamos indica– “del amor materno de María”.

La intensidad de la referencia a la maternidad espiritual de María en estos escritos de san Josemaría, debe ser entendida teniendo presente la correlativa intensidad del sentido de la filiación divina en su doctrina espiritual, trazo esencial de su enseñanza. Es, así mismo, evidente la presencia iluminadora del espíritu fundacional en la reiterada exhortación –tan sugestiva desde la perspectiva de la vocación universal a la santidad– a contemplar la vida cotidiana de la Virgen, santificada en el cumplimiento fiel, siempre junto a su Hijo, de la misión recibida y de los propios deberes.

Como hace respecto de Cristo, san Josemaría contempla atentamente el amor a Dios y a los hombres que late en el Corazón de María, verdadera razón última de su existencia diaria santificada: de su trabajo en el hogar de Nazaret, del cumplimiento de sus obligaciones, de su solícita atención en

el cuidado de las cosas más pequeñas, de su espíritu de servicio con todos... Ella, primera imitadora de su Hijo en todos esos aspectos de la cotidianidad santificada, es modelo ideal de correspondencia a la gracia, de ejercicio de virtudes humanas y sobrenaturales, de fidelidad serena, profunda y constante.

Antonio ARANDA

Facultad de Teología

UNIVERSIDAD DE NAVARRA